

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL

en la velada del Casino Federal de Madrid el día 5 de Mayo, con motivo del centenario de la primera revolución de Francia.

Grande fué el día que conmemoramos. En él empezó una revolución que debía redundar en beneficio, no solo de Francia, sino también de todo nuestro linaje, una revolución á la vez política, económica y social.

Por aquel tiempo la nación francesa pasaba por una verdadera crisis. No bastaban los impuestos á cubrir las cargas públicas y no cabía aumentarlos. Pesaban sola y exclusivamente sobre las clases trabajadoras; la aristocracia y la Iglesia estaban exentas del pago de todo tributo. No podía sobrelevar el pueblo tanta pesadumbre, que á las cargas del Estado se añadan las prestaciones señoriales y el diezmo. Aleccionada la nación por los enciclopedistas, pedía á voz en grito la reducción de los gastos, la abolición de los privilegios de clase, la libre emisión del pensamiento, el libre ejercicio de la industria, la sustitución de la voluntad de los reyes por la voluntad de los pueblos. Para obtener estas reformas solicitaba uno y otro día que se convocaran los Estados generales, unas Cortes compuestas de tres órdenes: la nobleza, el clero y el estado llano.—Cortes que no se habían reunido desde el año 1614. Aunque tarde, las convocó el rey y aun pareció ponerse de parte del pueblo, al que concedió doble número de representantes que á cada una de los otros órdenes.

Celebróse la primera sesión hoy hace un siglo, el día 5 de Mayo de 1789. La presidió el rey, y en ella pudo desde luego observarse dos hechos que indicaban el principio de un período revolucionario. Era costumbre que al sentarse y cubrirse el rey se cubrieran el clero y la nobleza; no el pueblo, y aquel día los representantes del estado llano se cubrieron á par de los sacerdotes y los grandes, rompiendo osadamente con las ceremonias y la etiqueta de las antiguas Cortes. Era también costumbre que el rey indicara las principales cuestiones que habían de someterse al juicio de los Estados y aquel día, el rey se limitó á encarecer los apuros del Erario, y la enorme cifra de la Deuda, dejando entrever la posibilidad de que se redujeran los gastos. Lejos de mentar las reformas que la Nación apetecía, manifestó el temor de peligrosas innovaciones, y hasta lamentó la inquietud que observaba en los espíritus. Para colmo del mal, su guarda sellos, que habló después, dijo que el rey no había parado mientes en indiscretos murmullos y perdonaba la manifestación de funestas máximas, por las que se pretendía reemplazar con quimeras los principios fundamentales de la monarquía.

Vióse desde luego en el estado llano la firme decisión de imponer las reformas, y en el rey el oculto intento de hacerlas imposibles. Comenzó aquí entre el rey y el pueblo una lucha que constituyó la historia de aquella revolución desde que se abrieron los estados generales hasta que se proclamó la República.

El estado llano mostró una firmeza que no se esperaba. Exigió desde luego que los tres órdenes juntos examinasen las actas de todos los representantes, y continuó reuniéndose sin deliberar hasta ver si conseguía su intento. Alarmado el rey, mandó bajo frívolos pretextos cerrar el salón en que tan audaces hombres se reunían; mas ellos se trasladaron al juego de pelota é hicieron aquel famoso juramento de no separarse hasta que hubiesen dado á Francia una constitución política. No se detuvieron aquí los plebeyos; constituyéronse en asamblea nacional y declararon uno é indivisible el poder legislativo. Presidió el rey otra sesión en que estuvieron juntos los tres órdenes, y después de haber declarado nulo cuanto el del pueblo había hecho, la levantó mandando que aristocracia, iglesia y pueblo se retirasen. Obedecieron los nobles y los clérigos, no los representantes del estado llano. Inútilmente les recordó á poco el maestro de ceremonias el mandato del rey; contestaron por boca de Mirabeau que estaban allí reunidos por la voluntad del pueblo y de allí no saldrían sino por el poder de las bayonetas.

Consiguieron los representantes del pueblo por tanta firmeza cuanto se habían propuesto. Lograron reunir en un solo cuerpo los tres órdenes y obtuvieron que las proposiciones y proyectos de ley se votasen, no por estados, sino por cabezas. Habían alcanzado ya un gran triunfo. Lo alcanzaron mayor cuando, gracias á la toma de la Bastilla, arrastraron las corrientes á la opinión á la misma nobleza. En una sola noche, la del 4 de Agosto, cambiaron casi por completo el antiguo régimen. Suprimieron las prestaciones feudales, la jurisdicción señorial, los privilegios de la aristocracia y del clero, los de ciertas provincias que de antiguo los gozaban, los servicios personales, los gremios que tanto dificultaban los progresos de la industria.

A todo se atrevieron desde entonces á pesar de las continuas conspiraciones del rey y de la corte que le rodeaba. Abolieron el pago del

diezmo, declararon bienes nacionales los de la Iglesia y los vendieron con el fin de aliviar las crecientes necesidades del Tesoro. Llegaron á dar al clero una Constitución civil, cosa que tanto se oponía á las tradiciones religiosas. Hicieron además la Constitución encabezándola con aquella célebre declaración de derechos que, más ó menos corregida, figura hoy al frente de todas las Constituciones de los pueblos libres.

Sentaron en aquella Constitución los dos grandes principios de la política moderna: la libertad del individuo y la soberanía del pueblo. Para garantizar esa libertad entendieron que se habían constituido ó debían constituirse las sociedades, llegando á decir que no era sociedad la que no los garantía. Por límite á la libertad de cada hombre no dieron sino la de los demás, afirmando así que no podían imponerse arbitrarias condiciones. Fijáronse principalmente en la del pensamiento y la conciencia y establecieron que todo ciudadano tenía derecho á manifestarlo verbalmente, por escrito ó por la prensa, como mejor conviniera á sus intereses. A tal punto llevaron este principio, que no consintieron que se pudiera molestar á nadie por sus opiniones, aunque fueran sediciosas, con tal que con manifestarlas no turbasen el orden.

Del principio de la soberanía popular dedujeron que la ley era la expresión de la voluntad general y debían concurrir á formarla todos los ciudadanos; que solo de la voluntad del pueblo dimanaban todos los poderes y solo por ella eran legítimos.

Son verdaderamente de admirar aquellos hombres. No decían como han dicho después más apocados espíritus: no toquemos la aristocracia porque conspirará en el extranjero y pondrá en peligro nuestras libertades; no toquemos la Iglesia porque concitará contra nosotros el fanatismo de las muchedumbres; no toquemos la milicia porque podrá volver contra nosotros sus armas; no toquemos la monarquía porque dispone aun de fuerzas para confundirnos; no llevemos á las últimas consecuencias nuestros principios porque suscitaremos la guerra civil y levantaremos contra nosotros las demás monarquías de Europa. Arrostraron las iras de la nobleza, del clero, de la milicia, del rey, de las facciones legítimas, de los monarcas extranjeros, que tan mal veían los progresos de una revolución que estaba destinada á difundirse por el mundo.

Grande fué la Convención que después vino. Empezó echando á los pies de la confusa Europa la cabeza de sus reyes, proclamó la República, armó la nación, avasalló la Vendée, rechazó de sus fronteras los ejércitos coligados y aún invadió el territorio de sus enemigos, llevó sus principios democráticos hasta la legislación directa, el nombramiento de todos los poderes y todas las magistraturas por el pueblo y en cierto modo la supresión de los tribunales, ya que sometía á juicio de árbitros los negocios civiles.

Mas es preciso hacer justicia á los hombres de los Estados generales, porque desbrozaron el camino á la Convención y hubieron de ser los primeros en luchar con poderes que llevaban una sanción de siglos. Los convencionales además, no solo se dividieron en facciones, sino que lucharon entre sí con tanto ó más furor que contra sus comunes enemigos y se decapitaron unos á otros sin ver que decapitaban la República. ¿Qué podía ser la República después de la muerte de hombres como Vergniaud, Danton y Robespierre? Después de la decapitación de Robespierre fueron visibles la decadencia de la revolución y de la República. Respetemos, sin embargo, la memoria de aquellos hombres, grandes en sus ideas como en sus pasiones, que tanto hicieron por el progreso de las ideas y la salvación de su patria.

Lo ahora de notar es que aquella República tan poderosa y temida fué á caer bajo las plantas de un soldado, las de Bonaparte. Renació cincuenta años después, el año 1848. A su sola aparición se conmovió Europa. La Roma de los pontífices pasó á ser la Roma de los triunfos. El rey de Cerdeña, ansioso por la unidad de Italia, desafió la cólera y los ejércitos de Austria. El emperador de Austria hubo de abandonar los muros de Viena. Hungría se sublevó contra el imperio y habría probablemente vencido á no ocurrir la traición de uno de sus generales y la intervención de Rusia. Alemania ardió de Sur á Norte. El rey de Prusia se vió obligado á saludar desde sus balcones de su palacio á las víctimas de sus propios soldados. Los carlistas amenazaron la paz, al parecer inalterable, de Inglaterra. Sangre de ciudadanos tñó por dos veces las calles de esta villa. A los tres años caía con todo aquella poderosa República á los pies de otro dictador, á los de Napoleón III.

Renació otra vez la República veinte años

más tarde, después de la derrota de Sedán. Subsiste, pero ¿cuán amenazada no se ha visto también en los veinte años que lleva de vida! El hijo de Napoleón, el que murió en Zuluslandia, llegó á ser para ella un peligro. Lo fué después Mack-Mahón. Lo es ahora Boulanger, que la trae desasegada é inquieta. ¿De qué podrá nacer esa continua movilidad y ese continuo riesgo?

¡Ah! Francia ha querido siempre una é indivisible República, y ya en su primera revolución hizo cuanto le fué dable por destruirla vida de sus antiguas regiones. En vano los girondinos le hicieron ver los peligros de esta política y quisieron buscar en las provincias un contrapeso á la omnipotencia de la capital. Ciega, no ha visto nunca que la concentración de la vida política de la nación en París la exponía á golpes de Estado sin dejarle abrigo alguno para los parlamentos que pudiera disolver la espada de los dictadores. Vencido París, ha quedado siempre vencida Francia: el dictador ha impuesto desde París su voluntad á la nación entera.

Volved los ojos á la América del Norte. Allí, sobre los mismos principios democráticos de la Constitución francesa, se organizó una República pocos años antes de la apertura de los Estados Generales. Ha crecido desde entonces en población, en riqueza, en poder, y hoy es una nación respetada y temida á pesar de no disponer de grandes ejércitos; hoy es la nación que más consolidada tiene la libertad y el orden. Más de cien años lleva de vida. No se ha visto jamás amenazada de la dictadura. Ha debido sostener grandes luchas con Inglaterra y Méjico, y últimamente la formidable guerra á que dió origen la abolición de la esclavitud. Ha debido naturalmente recurrir á sus generales y coronarlos de laureles cuando le han salvado la unidad ó la independencia. Ningún general se ha atrevido jamás á sobreponerse á los poderes de la República. Se ha dicho si Grant soñó con el imperio; el hecho es que murió sin haber intentado nunca arrebatarle el poder por la fuerza de las armas.

¿Por qué? Porque aquella República no ha dado á su capital más influencia ni más prestigio que el que podían comunicarle la residencia de los poderes públicos; porque allí la República se compone de Estados independientes, cada uno de los cuales tiene sus Cortes, su gobierno, su hacienda, su milicia; sus leyes, y el completo régimen de su vida interior; porque allí no están á cargo de la nación, sino los intereses y los servicios verdaderamente nacionales; por que, si allí saliera un dictador y venciera en la capital, no faltarían nunca á los poderes derribados por él baluartes en que sostener su legitimidad y reivindicar sus derechos; porque allí las provincias todas serían escudo y amparo del poder legítimo.

Por eso, principalmente por eso, debemos ser federales. No debemos querer la federación solo porque descansa en un principio racional y justo y es fiel expresión de la unidad en la variedad, ley de la naturaleza; debemos quererla por que es la suprema garantía de la libertad y la República. Afirmemos por lo tanto sin tregua la personalidad de nuestro partido, difundamos sin tregua nuestros salvadores principios, no renunciemos por razón ni consideración alguna á nuestra propaganda. Solo por la federación podemos resolver multitud de cuestiones; solo por ella alcanzar lo que no alcanzariamos nunca por la República unitaria.

Si tuviésemos mañana una República unitaria algo habríamos adelantado. Tendríamos en vez de poderes hereditarios poderes electivos, desaparecería la contradicción que hoy existe entre la soberanía del rey y la del pueblo, no tendríamos la suerte de la nación expuesta á los azares del nacimiento y no nos veríamos gobernados como en lo más del presente siglo por mujeres y niños. Tendríamos ordinariamente á la cabeza de la nación hombres acomodados por sus virtudes y sus talentos á las necesidades de los tiempos y á las aspiraciones de la patria.

¿Podríamos, sin embargo, por la República unitaria destruir ese bárbaro caciquismo que pone en cada localidad á merced de dos ó tres familias la administración y la justicia? ¿Podríamos asegurar la independencia y la libertad de los comicios, que entonces como ahora vivían bajo la presión de los gobernadores de provincia, de los delegados de Hacienda, de los subdelegados de distrito, de los ingenieros, de los jueces, de esa red de empleados que ha tendido el gobierno central sobre la luz de la Península? ¿Podríamos llegar nunca al ideal democrático, á que, seguros los partidos de abrirse paso al poder por las vías legales, renunciaran á todo procedimiento de fuerza? ¿Podríamos disminuir los formidables gastos que ocasionan las recaudaciones de los tributos, gastos que constituyen una parte importantísima del presupuesto?

Están hoy sobre el tapete graves cuestiones: la de las provincias vascas, la de las regidas por fueros civiles, la de las colonias, ¿qué medios tiene el unitarismo para decidir las?

Nosotros las resolvemos por la sola aplicación de nuestros principios. Dentro de nuestro sistema las provincias vascas podrían continuar gobernándose por sus antiguas leyes siempre que respetaran los derechos del individuo y la soberanía del pueblo. Las demás provincias aforadas no solo podrían conservar la legislación á cuya sombra se han desarrollado su propiedad y su familia; podrían corregirlas, codificarlas, atemperarlas al espíritu de los presentes tiempos. Las colonias serían otras tantas provincias españolas y tendría en su vida interior la misma autonomía que las demás provincias. Ved si hemos de tener fé en nuestros principios y si no es lícito abandonar por torpes sugestiones su beneficiosa propaganda.

¿Queréis, pues, que marchemos solos? se me preguntará. Voy á decirlos sobre este punto el fondo de mi pensamiento. Hace tiempo que andamos persiguiendo la coalición de los partidos republicanos. ¿Por qué no la conseguimos? Las coaliciones para que sean fáciles y poderosas es indispensable que haya un hecho que las provoque y tengan un fin inmediato que cumplir. Se las hace entonces no en años ni en meses, sino en días, tal vez en horas. No son de mucho tan fáciles ni tampoco tan variables cuando se las quiere para fines indeterminados que no se deba realizar en brevísimo período. Ya que se las haga, se deshacen pronto ó llevan una vida lánguida y son mas bien nominales que reales. Coaliciones permanentes de larga é indefinida duración son siempre de escasa resistencia. ¿Qué fué de la de 1886? Sirvió para unas elecciones generales, obtuvo pocos resultados y cuando se la rompió estaba realmente muerta. Provocóla entonces un hecho; la muerte de D. Alfonso, por la que hasta los conservadores llegaron á temer la muerte de la monarquía. En cambio distaba de estar bien determinado ni de ser inmediato el fin con que se la hizo. De aquí tal vez la principal causa de su fracaso. Si existen hoy mejores condiciones para hacerla, hagámosla: nosotros la hemos querido siempre y de ello tenemos dadas suficientes pruebas.

Queremos con todo la coalición como la hemos querido siempre. Queremos la coalición de partido, no la de individuos. La queremos sin abdicación de principios y sin menoscabo de nuestra personalidad política. La queremos de modo que no impida la propaganda de nuestros particulares principios ni antes ni después del advenimiento de la República. Queremos una coalición franca, leal, sincera, con absoluta igualdad de condiciones para cada uno de los partidos que la constituyen. Queremos la coalición con una junta que desde Madrid la dirija y gobierne así en las normales como en las anormales circunstancias. No queremos unión ni confusión ni de principios ni de hombres.

A nadie rechazamos, pero tampoco concedemos á los individuos la representación que podemos y debemos reconocer en los partidos.

Confundirnos en otros partidos, ¿á qué ni para qué? ¿Habríamos invertido veinte años en afirmar y robustecer la personalidad del nuestro, para luego consentir que se la desvaneciese en la mezcla de parcialidades que profesan principios opuestos? Habríamos de hacer consistir nuestra política en destejér hoy lo que ayer tejemos, para luego volver á tejérlo? ¿Son acaso los partidos creaciones caprichosas? ¿No nacen acaso del incesante desarrollo de las ideas?

Si nuestros enemigos creen perniciosas nuestras doctrinas, nosotros las consideramos como las únicas que pueden salvar la nación del borde del abismo. A ellos toca trabajar por que no prosperen; á nosotros por que se realice. Sigamos sin vacilar nuestro camino, pronto siempre á concurrir con los demás partidos republicanos á cuanto pueda acelerar el advenimiento de la República; nunca dispuestos á callar nuestros principios.

Mas observo que sin sentir me he separado del principal objeto de mi discurso. Hemos conmemorado todos el comienzo de la primera revolución francesa. Aprendamos en ella. Enseñémonos á ser hombres decididos cuando se trate de hacer reformas que hayan de redundar en bien del pueblo; no nos detengamos ante las amenazas de los que viven de los abusos á que hayamos de llevar la segur revolucionaria. Tengamos siempre en cuenta que el descontento de los heridos por las reformas no ha de poder contrarrestar nunca el júbilo ni la fuerza de los muchos á quienes favorezcan. No olvidemos, por otra parte, lo que dan de sí las repúblicas unitarias y las federales. No olvidemos, sobre todo, que las unitarias llevan consigo desde que nacen el fermento de la dictadura.

